

JESÚS VICENTE AGUIRRE GONZÁLEZ

El club
de las cuatro más uno

I

Primero entra él. El reloj sobre el mostrador marca las doce y media. Buena hora, piensa, reconociendo en su interior, inmediatamente, que le hubiera parecido igual de bien que fueran la una o las dos. No tiene prisa, y ahora Madrid y su aeropuerto están mucho más cerca. Su hijo y la nuera llegan a las cinco de la tarde desde Nueva York con un regalo de Navidad que, por desgracia, Sara, su mujer, ya no podrá disfrutar: una nieta a la que han llamado igual. Sara murió hace dos años, cuando las navidades del 2015 llamaban a la puerta, siempre abierta, de su casa. Allí estuvieron todos entonces, pero esa vez para acompañarla a ella y arroparse ellos ante el avance triunfal de un puto cáncer de pulmón. Pide un café con leche y un cruasán.

Ahora entra ella. Se acerca a la barra y cuando ve la hora en el reloj de la pared la comprueba mirando el suyo. No llega a tiempo, ya está, no hay duda y no vale la pena ponerse más nerviosa. Pide un café solo, porque se estaba durmiendo al volante. Esto le pasa por quedarse toda la noche escribiendo. O casi. Y al final viendo una película que la dejó grogui en el sofá, y de la que no recuerda ni el título. Aprovecha para ir al baño y contestar los wasaps de Ana y Julia. «Lo siento, voy a llegar tarde, empezad sin mí».

Ruth y Gonzalo son los camareros. Visten pantalón negro y camisa blanca y llevan siempre la sonrisa puesta. Así se lo tiene dicho el señor Aparicio: «Los clientes pueden estar serios y de mala leche, vosotros no». Aunque en realidad lo que pasa es que los dos, Ruth y Gonzalo, son extrovertidos y, como quien dice, buena gente. Así que entre ellos y con los demás derrochan animación y alegría casi de forma natural. Por lo demás, Ruth está encantada con el trabajo que le deja las tardes libres para estudiar, y Gonzalo reparte paquetes cuando termina su turno porque necesita el sobresuelo que antes ingresaba Laura, su mujer,

ahora dedicada en alma y sobre todo en cuerpo a cuidar de Lidia, la hija que acaba de nacer.

Hay otros personajes en el bar de carretera, pero no los vamos a adjetivar, ni siquiera a articular. Son los extras de la función y, seguramente, bastante tienen con sobrellevar sus propias vivencias como para convertirse en soporte de una historia diferente que, por otra parte, está por escribir.

Lo que sí podemos afirmar es que hace frío, aunque no llueve. Es peor lo de la lluvia, la falta de lluvia. No llueve nada. Si seguimos así, el Sáhara, por fin y definitivamente, empezará en los Pirineos. Lo dice tanta gente que aquí mismo lo repite el narrador.

De repente, se abre la puerta con cierto estruendo. Casi podemos decir, nosotros que lo vemos todo en un plano general, panorámico, que parece una escena de una película del oeste: cuando los forajidos entran por las bravas al *saloon*. En este caso llevan pasamontañas y los dos van armados. Uno de ellos con pistola, el otro con un fusil corto, debe de ser lo que llaman una escopeta recortada. Se oye el grito enorme de uno de los recién llegados al que responden de manera dispar, pero con cara de susto y ayes descontrolados, los habitantes del salón.

—Todo el mundo al suelo.

II

Benito Marauri Chamorro se ha asustado de su propio grito. Pero solo por un momento. Otro día ya se preguntará por qué eligió esa frase, la que patentó Tejero y recogió películas, anales y hemerotecas. Ahora se trata de continuar la representación.

—Todo el mundo al suelo, ¡venga!, ¡ya! —Esta es la voz de Eugenio Bastida Trapero, el compinche de Marauri, que repite el grito y se suma así a la acción.

Marauri se acerca a la barra.

—Tú, chaval, de pie.

Los dos camareros se han tirado al suelo como si lo tuvieran ensayado. Ruth está justamente debajo de la cafetera que rezuma y pierde su precioso y reconfortante líquido. Gonzalo más cerca de la caja, se pone de pie. Estos vienen a robar, piensa por un instante.

—A ver, rápido, ¿qué otras puertas tiene la cafetería?

—Allí la cocina... que tiene salida al patio trasero —lo ha dicho de forma entrecortada y tan suavemente, que el Marauri le grita.

—Más alto, joder, que no te oímos.

—Allí la cocina, con salida al patio. —Ahora lo han escuchado todos—. Esa otra puerta da a los lavabos y por aquella de allá —señala al fondo del salón— se sale a la calle y se sube a la vivienda.

Justamente de la vivienda baja en este momento el señor Aparicio, con tirantes sobre la camisa. Ha oído los ruidos y gritos, y quiere saber lo que está pasando.

—Tú ven aquí —el señor Aparicio se acerca y recibe un fuerte empujón—, al suelo... Y tú chaval, cierra aquella puerta. —Gonzalo no tiene muchos años, pero tampoco es un chaval. Pero con alguna gente es mejor no entrar en detalles.

—No tengo la llave...

—Búscala, venga, ya.

—Aquí está, aquí está —el señor Aparicio ha levantado una mano y le pasa un manojo de llaves a Gonzalo, que se queda mi-

rando la pistola de Marauri.

—Vamos, atontao, cierra aquella puerta.

—¿Hay alguien más?

—Sí —contesta el señor Aparicio, que se ha sentado sobre la tarima—. Juanita.

—¿Quién es Juanita? —Marauri sigue empeñado en berrear y pasear su arma junto a las narices de todo el mundo.

—La cocinera...

—Que salga.

Juanita aparece con las manos escondidas en el delantal. En cuanto escuchó tamaño vocerío se refugió tras la puerta de su cocina dejando algunos bocadillos a medio preparar y, eso sí, apagando los dos fuegos encendidos. Ahora solo tiene miedo. Pánico. Tanto, que el señor Aparicio se levanta para ayudarla jugándose un nuevo trompicón. Esta vez nadie le dice nada y puede llevar, arrastrar casi, a Juanita hasta una silla donde consigue sentarla.

Han pasado solo dos minutos, tantos y tan pocos como armas llevan los violentos. Iba a escribir atracadores, pero aún no sabemos lo que pretenden. Eso sí, del exterior llegan sirenas, bocinas y se oyen voces y frenazos de automóviles.

III

Han pasado solo dos minutos, pero para él, que ya ha podido colocarse de nuevo las gafas que cayeron por su cuenta, son como dos horas, casi una vida, su propia vida. Ha tenido tiempo de repasar los escenarios actuales donde se mueven sus expectativas e intereses: la llegada de los hijos y la nieta; la encerrona de su hija en Barcelona, en medio del *procés* catalán; la proximidad de la Navidad, a cuya celebración en Logroño se sumarán también este año sus dos hermanos, uno desde León, el otro desde Castellón. Incluso ha imaginado por un momento que su mujer viajaba con él. Con lo miedosa que era, se hubiera muerto del susto... Claro, se da cuenta de que eso parece un mal chiste, y por supuesto inoportuno, y se centra ahora en ver bien, aunque sea con la cabeza gacha, lo que tiene alrededor, que no en vano ese ha sido su oficio durante muchos años.

Ella está cerca, como enfrente de él. Si no le estuviera pasando de verdad, aquello podría ser un capítulo de alguna de sus novelas, aunque lo cierto es que en ninguna de ellas ha escrito sobre gánsteres armados, solo acerca de políticos y banqueros, a veces delincuentes también, pero sin recortada. Está claro ya, que no llega a comer con las amigas.

Ciertamente, estas no son circunstancias normales como para andar presentando con tiempo y rotundidad a los personajes de esta historia, pero aun así ya vamos conociendo algo sobre ellos. Él, por ejemplo, viaja desde el norte y ella parece que viene de Madrid. Adonde, por cierto, y como ya sabemos, él se dirige. A su aeropuerto más concretamente. Ella va en dirección contraria. Desde este lugar lo mismo puede seguir hacia Soria, Logroño y Pamplona, que a Zaragoza. Capitales o provincia, quién sabe. Eso sí, un buen narrador puede aventurar destinos y nuestra hipótesis es que ella va al lugar de donde él viene, es decir, a Logroño. De momento es solo eso, una hipótesis. Lo cierto es que han tenido la fortuna, mala por el momento y luego ya se verá, de cruzarse en

el camino, no tanto entre ellos sino con el dúo armado que ahora dirige la función.

De él podemos añadir, a vuelapluma, que anda por los sesenta años. Vemos que se conserva bien, tiene el pelo blanco y nos consta que lleva gafas. Ella está en esa edad indefinida que algunas mujeres alcanzan a los cuarenta y mantienen de por vida. O casi. Guapa, con el pelo recogido. Viste un traje (¿sastre se dice?), que le queda muy bien.

Se miran por un momento.

—Tranquila —susurra él, y aún más bajito todavía—: ¿Cómo te llamas?

—Rosa.

—Muy bonito, huele bien.

—¡Vosotros, silencio! —El aviso les llega de Marauri, que, de paso, encañona con la pistola al chaval, Gonzalo, mientras se acerca a la barra.

—Tú, chica, ven aquí. —La chica es Ruth que se levanta como puede y se da cuenta de que el líquido que lleva entre las piernas, que no ha nacido en la cafetera, le ha traspasado las bragas y seguramente empapa ya los pantalones. Ruth es consciente de que ese no es ahora su principal problema, y de que todo ocurre al mismo tiempo a gran velocidad y a cámara lenta. Es como si se viera en una pantalla enorme, donde el malo de la película les empuja, a ella y a su compañero de trabajo, hacia la puerta mientras les grita—.

—Haced lo que os digo y no os pasará nada. Poneos aquí.

Marauri abre la puerta y los dos camareros se dan de bruces con la luz de un día seco y frío que recibe al invierno con algunos rayos de sol. Lo malo es que no llueve, pero eso ya lo hemos dicho antes. Fuera han dejado de sonar las sirenas de los dos coches de la Guardia Civil. Al menos hay que sumar, ahora, otros dos vehículos camuflados tras los que se han atrincherado los agentes que ya tienen listo el artefacto para comunicarse con los mucho más que presuntos delincuentes.

IV

Atención, habla la Guardia Civil!
Se oye la voz y el ruido del aparato. Mal todo, pero se oye. En estos momentos la benemérita ya sabe con quiénes se enfrenta, pero el teniente Flaño prefiere no personalizar.

—Entréguense inmediatamente. Los tenemos rodeados.

Naturalmente, los guardias civiles han cubierto las posibles salidas. En la puerta abierta del bar restaurante siguen los dos camareros que tiemblan y no precisamente de frío. Detrás, Marauri les recuerda que no se muevan y no les pasará nada, y después se dirige a los guardias.

—Que no se acerque nadie o me cargo a estos dos.

Ahora Ruth y Gonzalo están tan asustados que ni ven, ni oyen ni entienden. O sí, lo justo para no mover ni los músculos de la cara. Marauri sigue a lo suyo, sin bocina, pero con mucho volumen.

—Y adentro tenemos quince más. Ni un solo paso adelante o nos los cargamos a todos.

Igual no son tantos, pero eso la Guardia Civil no lo sabe. En todo caso pueden ser muchos. El teniente Flaño ordena a Sánchez que pida refuerzos y dos ambulancias por si acaso. Le hace señas al sargento Martínez, que se acerca con un individuo de no muy buena catadura con las manos esposadas. Es el tercer miembro de la banda, Fortunato Andrés Pereira, al que pudieron coger mientras los otros dos escapaban.

—¿Ese que habla es Marauri?

—Sí, ese es Marauri, el Ratilla.

Marauri es el jefe y Flaño lo fotografía con su mirada escrutadora. El otro, que desde dentro le cubrirá las espaldas o amenazará a los clientes, tiene que ser Bastida. Están fichados, ya se lo han dicho, pero el teniente no los conoce.

—¿Cuál era vuestro plan?

—Robar el banco y luego perdernos en Madrid.

Pero algo salió mal.

V

El Fortunato es un pobre infeliz que entró en la aventura porque era amigo de Bastida. Y Bastida lo metió en el lío porque era un buen conductor, aunque sin ninguna experiencia en esto de asaltar bancos o gasolineras. Tampoco tenía antecedentes. A su favor también, que parecía un tipo duro, eso decían, y que, aunque no daba un palo al agua, sí los prodigaba por encargo, con gusto y delectación, a quienes le señalaban. Y cobraba por ello.

Fortunato se queda fuera, con el coche en marcha.

Marauri y Bastida se calan el pasamontañas y entran en el banco justo quince minutos después de que haya abierto sus puertas. Y todo se va produciendo según las estrictas reglas del manual no escrito sobre cómo llevarse los ahorros de los demás, con los gritos de rigor, «Esto es un atraco» y aquello de «Que no se mueva nadie». Que es lo que hacen los tres empleados y las cuatro personas congregadas tan de mañana en aquella pequeña sucursal que los últimos viernes de mes y algún otro, como este en el que estamos y que precede a la Navidad, llamémosle —así lo hace el calendario sobre la pared— 22 de diciembre de 2017, reparte bastante dinero entre amas de casa, pensionistas y empresarios. En eso creen, y eso esperan, los asaltantes. Y sin un guardia de seguridad que llevarse a la boca.

Marauri y Bastida han cerrado el pestillo interior de la puerta y con relativa tranquilidad les piden a clientes y empleados los móviles y las carteras. Lo de la relatividad es porque, aunque no parecen nerviosos, o, dicho de otra manera, incluso se les ve con oficio, el Bastida le arrea un golpe tremendo a uno de los clientes por considerar que se niega a cumplir la orden o que lo hace con mucha lentitud. Mientras el pobre hombre se va al suelo, los dos atracadores recogen aquellos objetos y los meten en dos mochilas junto al dinero que se ve sobre la mesa del cajero y el que pueden arramblar cuando el director abre la caja fuerte. No es tan sencillo,

porque primero dice, o intenta decir, que se le traba la lengua, que es imposible hacerlo y que si los sistemas y tal. La primera hostia en la cara le deja tambaleando. Las dos siguientes le recuerdan las claves y lo que venía haciendo cuando se necesitaba reponer efectivo.

Han pasado poco más de cinco minutos y allí está el valiente director sentado en el suelo, consolándose la mandíbula como puede y viendo cómo aquellos delincuentes se largan con un arma y una mochila en cada mano, después de atarles a los otros seis juntos y a él por separado.

Marauri y Bastida lo tienen todo calculado. Los de dentro no han visto el vehículo, tardarán en soltarse y para cuando puedan dar la alarma, ellos estarán lejos.

Los problemas comienzan nada más abrir las portezuelas del coche.

—Vámonos, venga, vámonos.

Esta vez quien no hace caso a órdenes tan limpia y correctamente expresadas es el motor del automóvil que carraspea ligeramente y se viene abajo de repente.

—Venga, Fortu, qué pasa ahora. Arranca y vámonos.

Quien repite las órdenes ahora es Bastida, siempre preparado para asumir su función de secundario de lujo. Fortunato suelta un juramento al mismo tiempo que saca y mete la llave como si le fuera la vida en ello. Como que le va la vida en ello. Mierda, piensa, pero sin decirlo en voz alta, al tenerlo en marcha y apagarlo y encenderlo un par de veces al menos mientras esperaba, lo ha ahogado, mierda, mierda, seré gilipollas...

Alguien intenta entrar en el banco. Esto se complica, susurra Marauri, y más alto y acertando de pleno, le suelta al Fortunato.

—Serás gilipollas.

En la acera contraria otro alguien contempla aquella situación con notorio interés, pero sin información suficiente como para lanzar al aire alguna llamada de atención, algo así como «socorro, un atraco». Marauri es más rápido. Sale del coche como una exhalación, amenazando con la pistola.